

PRIMERA PARTE DE LA TRILOGÍA DE SARAH MIDNIGHT

DANIELA SACERDOTI

# SUENOS SECRETOS

HAY SERES  
QUE NUNCA  
DEBIERON  
VER LA LUZ



DANIELA SACERDOTI

# SUEÑOS SECRETOS

Primera parte de la trilogía de Sarah Midnight

TRADUCCIÓN DE MARIANA HERNÁNDEZ



MÉXICO - BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MADRID  
MONTEVIDEO - MIAMI - SANTIAGO DE CHILE

*Sueños secretos*

Título original en inglés:

*Dreams, Part 1 of the Sarah Midnight Trilogy*

1ª edición, abril de 2013

D.R. © 2012, Daniela Sacerdoti

D.R. © 2014, Ediciones B México, S.A. de C.V., por el libro electrónico

Conversión de Books and Chips, S.A. de C.V.

D.R. © 2014, Ediciones B México, S.A. de C.V.

Bradley 52, Col. Anzures, 11590, México, D.F.

[editorial@edicionesb.com](mailto:editorial@edicionesb.com)

[www.edicionesb.com.mx](http://www.edicionesb.com.mx)

ISBN: 978-607-480-626-7

Hecho en México | *Made in Mexico*

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

*Esta historia es para Irene*

## Agradecimientos

Gracias a Ross, Sorley y Luca, muchas más de las que puedo expresar.

Gracias a mi mamá, Ivana Fornera, y a mi hermano Edoardo Sacerdoti, por alentarme y creer en mí.

Gracias a mi suegra Beth y a mi suegro Bill, por ser simplemente maravillosos.

Gracias sinceras a mis encantadores editores Janne Moller, Rachel Reid y Kristen Susienka, sin los cuales Sarah no sería quien es. Gracias por sus conversaciones durante el café y por las muchas veces que me hicieron reír. ¡Y por sacarme por completo de mi zona de confort!

Gracias a mi agente, Lindsey Fraser, por creer en mí (y por dar los mejores abrazos).

Gracias a Linda Strachan por haber hecho la primerísima crítica de Sarah y por ser una mentora tan generosa para una escritora novel.

Muchas gracias a Ailidh Forlan, Beth Pearson, Heather Arbuckle y Jamie Bell, el equipo de lectura de Sarah, por sus ideas y sugerencias: ¡fueron invaluable!

Finalmente, gracias a Maire Brennan y Julie Fowlis por la banda sonora de escritura de Sarah.

# Prólogo

## Cae la noche

La soledad hace que me cree a mí misma; el amor me rompe.

Nunca piensas que pueda pasarte a ti.

Nunca piensas que un día estarás en un cementerio, con la lluvia cayendo sobre un mar de paraguas negros, viendo que bajen a tus padres a la tierra para siempre.

Me está pasando a mí.

Dijeron que había sido un accidente. Sólo yo sé la verdad.

Así que aquí estoy, al borde de los profundos agujeros negros que les cavaron y sé que fueron asesinados; también sé que nadie —nadie— va a creerme jamás.

Nunca podré abandonar la batalla, esta batalla que me legaron, que pusieron sobre mis hombros contra mi voluntad. Preferiría que me enterraran con mis padres, mis valientes padres, que vivieron y murieron bajo el lema *Midnight: No los dejes vagar aquí*.

Mis padres eran cazadores, como antes lo fueron sus padres y sus abuelos, y decenas de mis ancestros, cientos de años antes, cumpliendo con el mismo llamado.

Yo debo seguir sus pasos. Soy la única que queda para cumplir la promesa. Soy la única cazadora que queda.  
Soy Sarah Midnight.





## Aguas negras

¿Tengo que expiar los errores de mi padre? ¿Caeré como él?

**SARAH ESTABA DE RODILLAS** sobre el pavimento frío frente a una chica más o menos de su edad. La chica se retorció y gemía, tratando de zafarse de las manos de Sarah. Su cara brillaba débilmente en la oscuridad, pálida de miedo.

Y después su expresión cambió. El miedo se convirtió en furia, y un extraño sonido salió de su garganta.

«Aquí vamos —pensó Sarah—. Ya está empezando».

La chica empezó a poner los ojos en blanco muy lentamente, hasta que se convirtieron en dos pozos de odio. Su piel se volvió de un blanco enfermizo, su cabello se hizo rígido y se le cayó a puños, volando con la brisa de la noche y dejando en su lugar un cráneo calvo y grisáceo. De sus manos brotaron garras, su ropa se rasgó y dejó ver una piel tan delgada como el papel y extremidades largas y huesudas.

Como de pesadilla. Literalmente.

Porque había sido un sueño el que le dijo a Sarah dónde encontrar a esa chica y en lo que se había convertido; dónde encontrar a la criatura que había poseído su cuerpo y alma hasta destruir cualquier rastro, y que se proponía hacerles lo mismo a tantas mujeres jóvenes como pudiera. Sarah había soñado que el demonio estaba en el parque esperando, acechando el momento oportuno en que llegara una víctima, hasta que Lily apareció. Sarah sabía que el sueño le decía que fuera, a pesar del miedo, y cazara a la criatura

como lo hubieran hecho sus padres. Sólo que ella estaría sola.

Ahora, Lily se había transformado por completo y la criatura iba a liberarse. Sarah tenía que actuar rápidamente. Cerró los ojos y empezó a invocar su poder.

«Mi primera vez —pensó—. Justo como en mis sueños».

Durante algunos terribles segundos, Sarah temió que no pasara nada. Temió que las aguas negras, el poder que había heredado de su padre, le fallaran. Temió que sus manos permanecieran frías y que se quedara impotente, cambiando de cazadora a presa en un instante.

«Deberían estar aquí. ¡Deberían estar aquí para enseñarme!».

El dolor y la ira la invadieron, y con ellos llegó el alivio. Las aguas negras la inundaron como una corriente incontenible, y sus manos desbordaron calor. Sarah se miró los brazos con horror creyendo que estaban en llamas. La criatura se retorció bajo sus manos con un chillido que helaba la sangre. Su piel empezó a supurar y a disolverse. Casi después de un minuto, lo único que quedaba del demonio era un charco de agua oscura, tan fría que dolía tocarla.

Sarah se sentó sobre sus talones y exhaló lentamente, como si le hubieran quitado un peso enorme de encima. Se miró las manos atontada, como si no pudiera creer por completo lo que acababa de pasar, lo que había salido de ella. Hacía tiempo que sabía de las aguas negras; sabía que su padre tenía ese don y que ella estaba destinada a tenerlo también. Pero sentirlo...

Era diferente.

Estimulante y terrible al mismo tiempo.

Sarah se estremeció por la frescura del viento. Estaba empapada en ese líquido extraño y oscuro que llamaban «aguas negras»; pero en realidad era algo más, algo sin nombre. Se secó lentamente las manos en los pantalones, como aturdida. Estaba agotada, exhausta.

Su primera cacería.

Sus padres deberían haberla llevado, deberían haberle enseñado; pero los mataron demasiado pronto. Así que tenía que hacerlo sola. Tenía que aprender, y rápido. Tantas veces les había pedido a sus padres que le enseñaran...

—Volvemos pronto, mi amor. —El cabello de su madre, Anne, le rozó suavemente la cara cuando se inclinó sobre su cama para darle un beso. La luz tenue de la lámpara de Sarah iluminó los delicados rasgos de Anne e hizo que sus ojos cafés brillaran. Sarah quiso abrazar a su madre para mantenerla a su lado, en casa.

—Déjenme ir con ustedes...

—Sarah, mi amor, ya hablamos de eso. Es demasiado peligroso.

—¡Ya sé! —el pálido rostro de Sarah se sonrojó por la vehemencia de sus palabras—. Pero quiero quedarme con ustedes. No quiero estar aquí sola...

—Estás a salvo. Ya sabes que tu papá y yo nos aseguramos de eso. Nada puede atacarte aquí.

—No es eso. No tengo miedo por mí. —Sarah dudó. Las palabras le fallaron. «Tengo miedo de que no regresen» era lo que quería decir, pero la oración se le quedó atorada en la garganta. No podía expresar su miedo en palabras—. Tengo que aprender. Yo también soy Midnight. Nunca he usado las aguas negras. No sé cómo...

—Ya llegará el momento. Te lo juro. Pronto.

—Si mi abuelita estuviera viva, ella me habría enseñado. Anne respiró profundamente.

—Sí, claro que te hubiera enseñado.

—Pero ¡ustedes no!

—Te estamos protegiendo, Sarah. Y ya basta. Se nos va a hacer tarde.

James, su padre, entró en el cuarto con una mirada dura. Su silueta grande y alta se perfiló en el marco de la puerta.

Su tono fue claro: no habría más discusión. Cuando su padre hablaba, Anne siempre escuchaba. A veces, Sarah se preguntaba si su madre alguna vez había tenido voluntad propia.

—Mamá... —llamó Sarah. Pero Anne había seguido a James sin voltear atrás.

Fue otra noche solitaria para Sarah; escuchaba con atención para distinguir los pasos de sus padres, preguntándose cuándo le permitirían usar su legítima herencia. Preguntándose qué haría si no regresaban.

Preguntándose cómo se sentían las aguas negras...

—Lo siento, Lily —le susurró Sarah a la chica, que estaba muerta en el piso. Por lo menos, Lily había sido la última víctima de la criatura.

Sarah se levantó. Recogió su bufanda, que se le había caído durante la pelea, y se la acomodó alrededor del cuello, una ráfaga blanca sobre su abrigo negro. Su cabello, largo y suave, voló con la brisa. Se volteó y empezó a caminar a casa. Por última vez.

Al día siguiente tendría que empacar, dejar su hogar, los recuerdos de sus padres y todo lo que conocía para mudarse con sus tíos. Sarah giró la llave y entró. Se quitó el abrigo y la bufanda y los colgó con cuidado en el perchero, acomodándolos como si todo dependiera de que estuvieran derechos. También se quitó los zapatos y caminó sobre el immaculado piso de madera del pasillo. Se agachó para limpiar una mancha invisible, dos veces, para estar segura.

Una vez en la cocina, se puso a limpiar laboriosamente todas las superficies con un trapo, comprobando con cuidado que no le faltara ni un solo espacio. Estaba tan cansada que le temblaban los brazos, pero *tenía* que hacerlo. Tenía que hacerlo.

Su estómago empezó a hacer ruido. Tenía hambre, pero sabía que no sería capaz de tragar nada. Desde la muerte de sus padres, tenía un nudo en el estómago que no le permitía comer bien.

Sombra llegó a saludarla rozándose contra sus piernas con un ronroneo lento y suave. Salvo por una patita blanca, era completamente negra y sus ojos eran de un profundo color dorado ámbar. Dos años atrás, Sarah había llegado de la escuela y la había encontrado sentada en el umbral de su casa. Era sólo una cachorra, pero tenía una mirada desafiante, como si dijera «estoy destinada a vivir contigo, no puedes rechazarme». Sarah había abierto la puerta y la cachorra entró como si fuera su casa. Empezó a seguir a Sarah por todas partes y, por eso, James sugirió que le pusiera de nombre Sombra de Sarah, que eventualmente se redujo a Sombra.

—¡Sarah! ¿Dónde estabas? ¡Me estaba muriendo de la preocupación! —Su tía Juliet entró en la cocina dando un portazo, en bata y pantuflas.

—Afuera. Necesitaba aire. —Sarah se negó a mirarla.

—¿Aire? ¡Es más de media noche!

Sarah la ignoró.

«Una adolescente desafiante e imposible», pensó Juliet. Como si ella no tuviera suficientes preocupaciones con sus propias hijas, ahora tenía que cuidar a esta chica difícil, apasionada y maravillosa. Porque eso era lo que Juliet pensaba de Sarah, que era maravillosa. Sarah no tenía ni idea, y Juliet nunca se lo habría dicho. Pero Juliet también sentía que su deber era guiar a Sarah, formarla, moldearla; por eso su relación no tenía la más remota posibilidad, porque Sarah *no* iba a permitir que la guiaran, mucho menos que la convirtieran en algo que no era.

Juliet, en verdad, tenía un buen corazón y buenas intenciones. Pero nunca podría comprender completamente a Sarah, justo como nunca había podido comprender a su propia hermana, Anne.

—No puedes andar por ahí sola de noche. Hay gente mala por ahí, ¡seguramente ya lo sabes!

«Gente mala y muchas otras... cosas —pensó Sarah, limpiando la mesa de la cocina, ya de por sí perfectamente limpia. Le vinieron recuerdos a su mente. La cara de terror de Lily, el terrible calor de las aguas negras en sus manos... —. Así va a ser el resto de mi vida: soñar y cazar, hasta que un día alguien me atrape como atraparon a mis padres».

Una vida de sueños. Una tortura personal de la que nunca podría escapar.

Los sueños habían comenzado cuando cumplió trece años, como les pasaba usualmente a las mujeres Midnight. Soñaba con criaturas que atormentaban, lastimaban y mataban a gente inocente; en las visiones ella estaba *ahí*, a veces como testigo, a veces como víctima. Su deber era anotar todo en su diario de sueños, hasta el último detalle, para que sus padres supieran qué y dónde cazar. Ahora que sus padres no estaban, le tocaba a ella interpretar los sueños.

Nunca había sido difícil. Sus sueños siempre habían sido detallados, precisos y confiables. Pero desde la muerte de sus padres las cosas habían cambiado. Sus sueños se habían vuelto impredecibles, confusos. La información que aportaban se había vuelto turbia y el escenario, surrealista: lugares que no sabía dónde estaban, lugares que no pertenecían a este mundo. Sarah estaba en la oscuridad. Su única guía era su instinto Midnight, aunque debilitado por la pena y el miedo.

—Gracias al cielo, pronto vas a regresar a la escuela. Un poco de normalidad. Bueno, si algo puede volver a ser normal —añadió Juliet con genuina tristeza—. Cuando vivas con nosotros, se acabó eso de salir sin decirme exactamente a dónde vas y a qué hora regresas.

Sarah aventó el trapo al otro lado de la cocina en un arranque de ira.